

ALGO SOBRE LAS MISIONES DE ARAUCANIA

por Fr. de S. M.

¿Hay todavía indios araucanos? ¿Se convierten los indios? ¿Se obtiene algo con las misiones de Araucanía? Son las preguntas espontáneas que hace cualquier chileno al enfrentarse con un capuchino bávaro, como que aquello no deja de interesarle, pero, en cierta manera parecele cosa de otro continente. Araucanía, tierra de leyendas, guerras y episodios de Historia Patria, fué otro país durante la Colonia, país enemigo; y Chile, por así decirlo, se desentendió de su desarrollo. Se acostumbró a considerarla —entre católicos— como territorio misional, como un ser de menor edad confiado al cuidado de la Madre Iglesia. El Estado Chileno, cuyo Gobierno trajo a los misioneros en 1848 para civilizar a los indios, no tuvo más preocupaciones por su suerte que la legislación en defensa de su propiedad y una ayuda efectiva que duró hasta que el liberalismo dominante miró, con indiferencia, como cosa clerical las misiones de Araucanía.

Que dure aún el problema indígena lo acusa la existencia de unos 180 mil araucanos que hablan su idioma y conservan muchas de sus costumbres. Esto, naturalmente, más que un problema religioso es un problema racial y nacional que, como tal, no se soluciona en breve plazo ni por sola la Religión. En efecto, quien dice civilización —sobre todo hoy día— no dice cristianismo, así como hay también indígenas mejores cristianos que mucha gente civilizada.

Es interesante, sin embargo el hecho de que el desarrollo histórico de esta tierra, por escaso que sea, está íntimamente ligado con la obra de la Iglesia. Llegada junto con los conquistadores a civilizar a los naturales por medio del Evangelio, se colocó desde el principio del lado de los indígenas, como única manera de ganarlos. Y, si no pudo hacer de ellos en 4 siglos

un pueblo cristiano civilizado, no fué por defección ante las mil dificultades que se le opusieron. Antes, lejos de desistir, va hoy terminando la tarea con el silencioso tesón de la levadura que hace fermentar la masa.

El primer obispo de Imperial, fr. Antonio de San Miguel Avendaño, fundador de misiones, colegios y conventos franciscanos en plena Araucanía en el siglo 16; inició los reclamos ante Felipe II por los abusos de los encomenderos españoles que destruían la concordia con los indios impidiendo su evangelización. Estas reclamaciones fueron continuadas a través de los siglos 17 y 18 por los misioneros jesuitas, quienes abrieron un nuevo período misional después de la gran insurrección de los araucanos de 1600, con la cual quedaron desalojados todos los españoles al sur del Bío Bío y destruidas las 7 ciudades australes. El P. Valdivia tras grandes esfuerzos obtuvo la guerra defensiva, y, sobrellevando todas las dificultades creadas por la belicosidad de los indios provocados por nuevos abusos militares, lograron los jesuitas fundar y mantener 13 puestos misionales más allá de la frontera, con colegios y talleres. Estas obras de la Compañía en Arauco, inauguradas con el martirio de los tres jesuitas Aranda, Vecchi y Montalván, hubieron de ser abandonadas en 1767, al comenzar a dar sus frutos, por el decreto de la expulsión.

Siguieron luego después los disturbios de la independencia, y hubo de pasar más de medio siglo hasta que se encontró a nuevos misioneros para reemplazar a aquellos. Fueron, esta vez, los capuchinos. Cierto es que los franciscanos habían quedado con algunas misiones en aquel territorio, pero, mermados a raíz de la independencia, no pudieron prácticamente hacerse cargo de ellos. El atraso había sido tan considerable que fué preciso comenzar a

ganarse de nuevo estas tribus, las más rebeldes de América, pues de las obras antiguas nada quedaba en pie. La belicosidad había revivido; entre Concepción, Valdivia y Chiloé nadie se aventuraba a viajar por tierra; no había caminos ni puentes ni balsas, ni más casas que las rucas. En 1849 vemos instalarse a los primeros capuchinos en medio de las ruquerías junto a las selvas, constituyéndose en verdaderos padres y maestros de los naturales. Así, entre muchos otros, el P. Constancio de Trisodio, quien, después de 40 años gastados en instruir y regenerar a los mapuches del Cautín, era visitado con veneración en su misión de Bajo Imperial (hoy Puerto Saavedra) y llamado por doquier Chao Mapunche: padre de todos los mapuches. Antes de finalizar el siglo habían venido más de 100 capuchinos italianos y se habían establecido las principales estaciones misionales que hoy subsisten como parroquias con sus colegios, centros de fe y de cultura. Desde 1895 comenzaron a llegar los capuchinos bávaros, en ayuda y luego en reemplazo de aquellos, quienes han elevado el presente a 25 el número de parroquias misionales y a 168 el número de escuelas, colegios y catequesis, con un total de 26643 alumnos.

Como problema racial, el del araucano presenta características bien determinadas, que han sido estudiadas en todos sus aspectos por diversos autores. Así, entre otros, su etnología y sociología por Latham, sus costumbres por el P. Ernesto de Moesbach, su lingüística por el P. Félix de Augusta, etc. Por lo que respecta a la obra misional como tal, tres características psicológicas del indígena han ofrecido y ofrecen una especial dificultad. Es la primera una tenaz resistencia al extranjero, al huinca. Esta nota es propia del mapuche de la región llamada Frontera, o sea de Arauco, Malleco, Cautín y parte de Valdivia, la que ofreció la histórica resistencia a la conquista, en oposición al picunche, indio

norteño, al huilliche, sureño, al cuncho de Chiloé, los cuales como indígenas desaparecieron hace más o menos tiempo, amalgamándose con el español. A esta tenacidad racial se añadió el encono tres veces secular de una guerra de defensa de su territorio que, al decir de Menéndez Peñayo, costó a España más soldados y dinero que todo el resto del Continente. No hay que olvidar que la Pacificación de Araucanía tuvo sus últimas etapas militares hace apenas 68 años. Esta tenacidad en mantener su independencia no se ha agotado en el alma indígena. Para el mapuche de hoy el chileno es un huinca, tanto como el español o el alemán. Continúa con su indumentaria, viviendo en ruca, hablando su lengua, celebrando machitún y guillatún. Es cierto que su actitud altanera y belicosa tradicional, por reacción se ha desmoralizado, mudándose en el atrincheramiento y vergüenza propios del vencido; pero esta actitud de nuevo desaparece y se cambia a su vez en orgullo racial cuando el araucano instruido y civilizado llega a tener un puesto u ocupar un cargo entre chilenos.

Naturalmente es esta la menor entre las dificultades raciales para la acción del misionero. Tanto el antiguo caripatiru (misionero franciscano, así llamado por el color del hábito, de car: gris, patiru: padre), como el curipatiru, (el jesuita, de curi: negro) como el chao capuchino, tuvieron siempre sobre el araucano el ascendiente ganado por la bondad, y lejos de ser considerado como huinca, el misionero fué siempre un ser querido para el indígena; lo mejor que tiene en su ruca lo presenta el mapuche cuando el misionero llega de visita o busca alojamiento. A pesar de su decantada ferocidad los araucanos supieron ser leales con sus misioneros, en general, no registrándose más agresiones contra ellos que las antes mencionadas de los tres mártires jesuitas.

La segunda característica, más obstaculizante que la primera, es la desconfianza. El mapuche siempre tiene recelo, no sólo ante el extraño, sino aún ante el vecino

de su propia raza. Es poco sociable hasta el punto de constituir el rapto de la novia la única ceremonia oficial del matrimonio araucano. Pues, si hasta tal punto llega la desconfianza de los indígenas entre sí, bien se comprenderá que no abren fácilmente su alma al Evangelio ni se prestan con facilidad a las insinuaciones y empresas de los misioneros. Cuando fué ordenado el primer sacerdote indígena del Vicariato, oriundo de Calafquén, sus paisanos consideraron el hecho como una traición, y no quisieron recibirle como sacerdote hasta después de muchos años.

La desconfianza del aborigen tuvo su incremento, lo mismo que su resistencia al extranjero, através de los siglos de la Colonia, por los abusos de que fueron víctima por parte de los extranjeros, de los "cristianos". Nadie ignora, en efecto que, a pesar de toda la defensa del indígena, cuya legislación, tanto en el Código de Indias como en las leyes chilenas honran a los gobiernos que las dictaron, el indígena fué vilmente explotado, expoliado, vejado y engañado por los más audaces colonizadores, que, por otra parte, eran los únicos que se arriesgaban a buscar fortuna en aquellas regiones de duros climas y mal renombre. Añádase a esto que la Araucanía fué, durante largo tiempo en el siglo pasado, colonia penal, donde fueron secuestrados criminales e indeseables que fijaron residencia entre los indígenas, para edificación de éstos!

La tercera característica es la del aislamiento de habitación, consecuencia de la anterior. El mapuche aprecia sobre todo su independencia personal, y más feliz es mientras más lejos vive, donde nadie lo moleste en su terruño. Durante la Colonia se intentó varias veces reducirlos a pueblos, con el objeto de civilizarlos y evangelizarlos, como existen los pueblos de indios quechuas y otros; pero no fué posible, su instinto de aislamiento era invencible.

Para atraer y retener los alumnos en las escuelas misionales era preciso, hasta hace poco tiempo, estimularlos con regalos; y era lo más común la fuga precipitada ha-

cia la ruca. Debido a esto, el método misional de los siglos pasados se redujo, en gran parte, a las excursiones periódicas por las diversas regiones, predicando y bautizando, método en realidad poco eficiente, y dificultado, además por el clima extremadamente lluvioso y por los obstáculos que impiden trasladarse fácilmente através de bosques impenetrables y ríos sin vado. Sumamente interesante es, a este respecto, la relación publicada en el siglo 18 por el jesuita alemán P. Bernardo de Haverstadt.

El recurso definitivo y de mejor resultado fué inaugurado en el siglo pasado por el P. Fortunato de Drena y una monja chilena, la M. Carmen Goycoolea, quienes fundaron, con los bienes de ella, el internado de Quinchilca. Estos internados fueron incrementándose con la llegada de los capuchinos alemanes y las misioneras, hasta contarse 13 para niños y 15 para niñas. Luego se fueron añadiendo las escuelas rurales, de las cuales hay hoy más de un centenar y sirven al mismo tiempo de capilla, o la tienen adjunta, con lo cual se han multiplicado por campos y cordilleras los centros de actividad misional.

Las facultades intelectuales del araucano exceden en no pocos puntos a las de muchos otros indígenas de América. La lentitud de comprensión está suplida por la constancia y la tenacidad. Una despierta imaginación se demuestra en la brillante oratoria, que caracterizó especialmente a los toquis araucanos; y un gran surtido de leyendas denotan un hondo sentido poético.

Sobre sus conceptos religiosos primitivos, tema estudiado y descrito en varias obras de los misioneros, bastará anotar en esta sucinta reseña que la idea religiosa del mapuche, dominada por el temor, se rige por un Ser cuya noción es muy vaga y es nombrado muy raras veces, llamado nguenechén (Dominador de la gente) o nguememapún (Dominador de la tierra); por un huecufi, principio del mal, y pillanes, espíritus por lo general dañinos, como ser las enfermedades, los volcanes, etc.

Existe un rico totemismo, acusado por los nombres geográficos y de personas. Como manifestación del culto figura el nguillatún, que es la gran rogativa pública; el machitún, curación mágica de las enfermedades; y un acendrado ritual de culto mortuorio, con notable noción de la supervivencia del difunto.

El problema racial pierde hoy más y más rápidamente su importancia debido a la progresiva inmigración y colonización del territorio araucano por chilenos y extranjeros. Las provincias de Cautín y Valdivia han cambiado totalmente de aspecto en los últimos 30 años, con lo cual también ha variado el problema misional. El elemento indígena ha pasado a ocupar, dentro de los límites del Vicariato Apostólico, sólo un 24% de la población, o sea 79 mil indígenas en un total de 329 mil habitantes. (Hay además un número igual o mayor de indígenas en la diócesis de Temuco). Este aumento de la población no indígena, aunque ha aportado un incremento a la vida religiosa dentro del territorio misional, no siempre ha favorecido el progreso cristiano y cultural del mapuche. En primer lugar, porque esta inmigración ha sido compuesta, en buena parte, por elemento inmoral y arreligioso, que ha visto en el indio materia de explotación, por lo que éste ha perdido, en contacto con aquél, sobre todo pervertido por los pagos en alcohol. Existe una gran diferencia entre el mapuche envilecido y degenerado de las cercanías de los pueblos y ciudades y el indio campesino de la costa o de la cordillera, más atrasado, si se quiere, pero más digno, más persona, más religioso y de vida más patriarcal. El progreso de orden material, como es natural, hace perder en el alma de escasa cultura, todo interés por la religión, hecho que obliga a los misioneros a desplegar tanta mayor actividad exterior en el desarrollo de las obras cuanto que la invasión de una civilización materialista amenaza ahogar el cristianismo en sus raíces. De aquí la creación de las más diversas instituciones misionales, co-

mo la Unión Araucana, la Cooperativa Araucana, la Escuela Agrícola, la Normal de Profesoras, el Liceo, los dos hospitales, y el Seminario, la obra misional de mayor trascendencia religiosa. En todo esto, y en las 25 parroquias se hallan ocupados 65 sacerdotes, 37 legos, 239 religiosas misioneras y 212 profesores seculares.

No faltará quien desee ver los frutos de la obra misional entre los araucanos, pues, al fin y al cabo, "por sus frutos los conoceréis". Hoy día más que nunca se aprecia, ante todo, lo visible, lo palpable, y se exige cuenta del trabajo por los frutos que produce. El misionero, sin embargo, piensa que otro está llamado a cosechar lo que él siembra, pues no ha sido llamado a cosechar sino a sembrar. Tantos cansancios, tantos afanes, tantas vidas gastadas no persiguen, de por sí, ningún resultado visible. Alumbrar la Fe en los espíritus por la palabra, para que encienda la Caridad, plenitud de la Ley, es el único objetivo que producirá frutos de vida eterna, el que no es dado a los hombres conocer sino reflejamente. En efecto, de tantos miles de indígenas bautizados, catequizados, confesados, comulgados, asistidos al morir, ¿quién podrá saber cuántos, y a cuál grado de Gloria llegaron? Se ignora también hasta qué punto influyan ante los juicios de Dios los atavismos raciales, el ambiente y las circunstancias, en orden al mérito sobrenatural. Que a los ojos humanos hayan sido visibles frutos verdaderamente religiosos, lo dicen las crónicas misionales de 4 siglos y sobre todo la institución cristiana de la familia. Desde aquella niña araucana recién bautizada de heroica fe, que huyó de su ruca para no mancharse, narrado por un mercedario de Valdivia en el siglo 16, hasta el cacique Pascual Coña, hace no muchos años, que al morir dejó a sus descendientes mapuches, junto con la historia de su vida, los más hermosos y profundos consejos cristianos, dictados en su ruca al P. Ernesto

de Moesbach, podría tejerse un florilegio de actos y vidas de virtud auténticamente cristiana. El que escribe estas líneas puede atestiguar que una de las confesiones que más lo han emocionado y edificado en su vida sacerdotal fué la de una mapuche, madre de dos seminaristas, mujer que le inspiró la novela Iemunantu.

Fruto auténtico de cristianismo son los tres sacerdotes y las 12 religiosas araucanas que trabajan al lado de los misioneros. Si aún quedan restos de paganismo entre los mapuches, y tal vez unos dos mil de ellos sin bautizar, en lugares apartados, es porque la influencia del misionero no alcanza a extenderse profundamente en todo su vasto territorio, obligado como

está a atender, no sólo como misionero, sino además como párroco, a los miles de almas fieles, que más lo solicitan mientras más fieles son. El problema básico es siempre el mismo, el que aqueja a la Iglesia desde que el Maestro mostró a los Apóstoles las sementeras maduras, problema que llega a ser angustioso en nuestra Patria: la falta de sacerdotes.

Las Hermanas Misioneras Franciscanas, diseminadas por los campos de Araucanía en sus pequeños puestos de catequesis y enfermería, cada vez que rezan al sentarse a la mesa, para cumplir el precepto evangélico dicen en su oración. ¡Oh Señor, Dueño de la mies; envía a ella más obreros, sacerdotes y religiosas!